



NURIA CLAVER, *Nadia*, Huerga y Fierro, Madrid, 2024, 108 pp., ISBN: 978-84-128849-9-9.

Nadia, publicado por Huerga y Fierro en 2024, es el segundo poemario de Nuria Claver. Su anterior poemario, publicado por la misma editorial veinte años atrás, llevaba por título *Luz de noche en la memoria*. *Nadia* es, en cierta manera, la continuación natural y necesaria de aquel primer libro. En *Luz de noche en la memoria*, *Nadia* era el personaje de algunos poemas. En esta segunda obra, *Nadia* es la voz. Si *Luz de noche en la memoria* era una meditación poética sobre el reducto interior donde se gesta la poesía, sobre ese ocultamiento que es matriz de alumbramientos —la noche que acuna luces, a la que alude el título—, *Nadia* es el manantial —en el doble sentido de boca de fuente y de corriente en flujo— que brota de ese refugio. Expresión de esta apertura es un peculiar uso de la puntuación como recurso literario, consistente en la ausencia de puntos finales al final de las estrofas y de los poemas.

La portada de *Luz de noche en la memoria* mostraba la fotografía de una ventana acristalada y cerrada vista desde fuera, cuyos cristales, al reflejar el entorno externo, opacaban el interior. En *Nadia*, esa ventana se ha abierto, y desde ella se asoma y brota ahora la poesía que se había estado gestando ocultamente. Las dos décadas que median entre ambas publicaciones no han sido una interrupción, sino que durante ese tiempo ha fluido una línea de poemas, a veces más tenue y a veces más crecida, que ahora discurre por *Nadia*, como lecho fluvial que es más cubil que remanso. El emblemático verso “un río de mil voces” sería un título alternativo del poemario entero, que no es el lago que han acabado por llenar los poemas que han desembocado en él, sino el lecho que lentamente ha ido labrando una corriente lírica de variado caudal.

Al decir que *Nadia* es manantial como boca de fuente y como corriente en flujo, se está expresando que el poemario se basa en una continuidad, propia del oficio, que se manifiesta como constante brote en acto, característico de la inspiración. Cada uno de estos poemas es una flor de oficio e inspiración. El oficio viene de la paciencia, que es la virtud de saber entender el tiempo largo. La inspiración viene de saber ser receptivo al fugaz anuncio del momento oportuno, que en griego se llama *kairós* y en español *sazón*. La práctica literaria, en la mayoría de sus géneros, se configura como un proceso de reiteración: los textos se van construyendo a lo largo de fases de reescrituras y repasos. Esto es extensivo a otros géneros de escritura no específicamente literarios, y alcanza su máxima expresión en prácticas como la traducción y la escritura ensayística, actividades que, por su propia naturaleza, consisten básicamente en revisiones, comparaciones y cotejos. Normalmente, las traducciones y los ensayos no solo no se resienten de ser textos



muy revisados y “manoseados”, sino que suelen ganar con ello. Nada es más fatal para uno de estos textos que la sospecha de que no ha sido lo suficientemente repasado, así como nada desacredita más a la escritura periodística —se diría que el periodismo es cada vez más ensayístico y que el ensayo es cada vez más periodístico— que la evidencia de que la urgencia o las ganas de notoriedad han impedido la rutina de la revisión, que es tan necesaria como callada y desagradecida.

Con la poesía, y en general con el arte, no sucede así, y ahí radica su extrema dificultad. Claro que el arte exige estudiar, repasar y rehacer; y claro que la poesía se elabora a base de relecturas y reescrituras. Sin embargo, un texto poético enseguida se echa a perder a poco que en él se perciba que ha sido rehecho. Ese es el difícil punto del arte: el ingrato trabajo de fondo invertido no debe notarse, sino que el poema debe ser como una flor que brota espontáneamente. Un poema, por antiguo que sea, debe parecer siempre recién hecho, como el rebufo de una brisa que acaba de soplar o el hálito de un aleteo que justo se ha agitado. Lo poético debe llegarnos como la resonancia de una palabra recién pronunciada. La delicadeza del poema hace que, en cuanto pierde un poco de su frescura, enseguida se marchita. Un buen poema se lee, incluso al cabo de siglos, como si acabara de escribirse en ese momento.

La consecución de esto en *Nadia* es especialmente meritoria, cuando se percibe tanta unidad y tanta coherencia en estos poemas escritos a lo largo de décadas. A esa constancia que nunca pierde su frescura alude el verso “un río de mil voces”. Pero, en general, la idea se repite, con innumerables expresiones, en muchos poemas a lo largo de todo el libro, con imágenes de lluvia, con alusiones a palabras que se borran o a palabras que caen por sí mismas como gotas, como en el último poema, “Me gusta el ruido de las palabras”:

Me gusta el ruido de las palabras
cuando caen,
libres y en cascada,
sobre la mente abierta

Celebro su rotunda presencia
sobre el blanco

Admiro su osadía
cuando, audaces y caprichosas,
crean sus propias reglas
licencias que componen sugestivas voces
sonidos robados a la conciencia
en la soledad de una noche despierta

Las palabras poéticas no se forjan en una fragua por el trabajo de unos poetas que fueran como herreros del lenguaje, sino que caen solas cuando, por sí mismas, se han densificado lo necesario durante todo el tiempo que hizo falta. Los poetas son las almas pacientes y receptivas que saben recoger esas sutiles condensaciones tan larga y silenciosamente gestadas, y los poemas son como esas “piedras blancas” del fondo de los arroyos que las aguas han pulido durante nadie sabe cuánto tiempo.

Recordemos que, ya en *Luz de noche en la memoria*, “Nadia” sugería ser el nombre propio de nadie, en alusión a que las palabras poéticas se van formando solas y no tienen

otra autoría que ellas mismas, siendo el poeta o la poetisa quien las recibe ya hechas. En consecuencia, y retomando las connotaciones metafóricas de los espacios poetizados en esa obra, el poeta debía dejar su identidad en la escalera antes de entrar en el desván donde se gesta la poesía. En este nuevo poemario, “Nadia” es el nombre de la persona cuya voz habla con esas palabras.

Nadia tiene tres apartados, y los respectivos títulos se leen como alusiones a las fuentes y las pantallas de aparición de lo “siempre recién creado”.

El primer apartado, “De la brillante oscuridad”, enlaza directamente con *Luz de noche en la memoria*, como ya anuncia la afinidad entre los títulos, y a la vez ahonda aquel primer poemario. Lo que antes sucedía en la buhardilla como espacio físico sucede ahora en la pura conciencia, lo cual denota un proceso de desarrollo y depuración poéticos. Como ejemplo, el poema “Después de tantas noches ausente de la noche”:

Después de tantas noches ausente de la noche
de tantas lunas alejada del blanco y solitario disco
hoy cambio el calor de nuestros cuerpos
el encubierto horizonte de mis sueños
por esta vigilia

Quiero velar la noche
Intercambiar con ella mis silencios
Ver dónde se oculta la luz

El título del segundo apartado, “El corazón del río”, se entiende muy bien en el contexto del poemario y también en continuidad con *Luz de noche en la memoria*. La permanente vitalidad que brota desde sí misma y la fuente recóndita de esa vitalidad se nombran en el contraste entre este epígrafe y el verso “un río de mil voces”. Más allá de que este apartado recoja los poemas cronológicamente intermedios, su disposición en el centro del poemario es, por su mismo sentido, perfecta. Destacan numerosos poemas, como “Necesito un ruido de agua”, “Piedras blancas”, “Cortinas de terciopelo” o “Un aroma”. El último verso de “El andariego”, que dice “Una mirada puede recordar el universo”, versiona en un interesante desplazamiento semántico un verso de *Luz de noche en la memoria*: “Una mirada puede recorrer el universo”. La conjunción de continuidad y frescura, en que se basa todo el poemario, se expresa en este apartado en la renovación de una estrofa de la sección anterior, la que empieza con el verso: “Y siempre escribirás: “te has ido”.

PIEDRAS BLANCAS
Hoy regreso al corazón del río
He sorteado sus corrientes
Me he batido con fuerza, hasta llegar
Ahora miro al cielo y escucho mi pasado
Es invierno y las ramas de los árboles,
desnudas, movidas por el viento,
parecen preguntar en un murmullo:
“¿Regresas?”
Busco antiguos reflejos, caminos sumergidos
Piedras blancas resplandecen bajo las transparentes aguas
Me envuelve el olor del boj, de los rosales silvestres
Airosos, se agitan los serbales

Brilla el acebo, se esconde el muérdago
 Ahí está el ojo que horada la montaña, el familiar sendero
 el sonido embriagador de la cascada, su espuma blanca
 las altas cumbres, serenas, imponentes,
 ¡y esta luz!
 Ahora robo al tiempo su máximo atributo
 sólo hay silencios, recuerdos, ecos,
 la memoria de un ser trazada en sus perfiles
 una verdad, rendida ante el olvido.
 el corazón vencido, entregado al devenir del río.
 Ahora habito este paisaje que es todo mi ser
 Ahora sí, en el corazón del río,
 Respiro

CORTINAS DE TERCIOPELO

Respira el eco, jadea, llora en el desván
 junto al hábito de las fechas
 junto a invisibles prendas
 Cortinas de terciopelo ocultan la costumbre
 Una ligera brisa conmueve, extasia
 Se mueve en la dirección del viento
 el árbol que torció su tronco
 la cúpula, el frontón, las enigmáticas columnas
 el rostro de la esfinge
 la música que fue de los violines
 Bajo la piedra, el mineral
 Bajo el viento, el aire
 Círculos de estaño, trapecios de papel
 y el líquido que alimenta
 Agua y espuma
 Espuma y aire
 No soñarán las olas con la orilla
 Ni descansará en las pedregosas márgenes
 ese fluir constante que discurre como un río,
 que investiga, busca la ruta y aparece en el instante
 en el que encuentra la ocasión:
 Ahora, ahora...
 Mientras la vida es nunca

El tercer apartado, “Las horas blancas”, nos hace pensar, ya desde el epígrafe, que la melancolía es un sentimiento que provoca el espacio de aparición de lo intacto. Es verdad que en el poemario hay temas como la soledad, el olvido o la ausencia, así como cosas y palabras que se deshacen. Pero quizá sea esa la exigencia que la poesía hace al poeta (a la poetisa) para que los poemas broten, justamente, como intactos y “recién creados”. Quizá los poemas florecen de la nostalgia, de la pérdida, del vacío o incluso de la tristeza, porque éstos son, precisamente, los síntomas de esa corriente profunda que, sin ser notada, irriga la vitalidad de las palabras.

En los versos hay destellos
 que atraviesan los ecos

En resumen, *Nadia*, segundo poemario de Nuria Claver, se lee como la continuación natural y necesaria de *Luz de noche en la memoria*. Si aquel primer libro conformaba y habitaba un espacio de recuerdos, ausencias y nostalgias como matriz de gestos poéticos, esta nueva publicación es la voz que llega afuera desde él, como un manantial —boca y flujo— nacido de esas gotas condensadas de humedad que son las palabras hechas de silencios. Esto no es una metapoesía, en el sentido de poesía expresamente meditativa sobre sí misma, pues ello restaría vitalidad a los poemas; pero sí que, precisamente en su propia albura y sazón, estos versos ponen más de manifiesto la esencia del acto poético que cualquier reflexión teórica. El acto poético que se gestó en una reclusión como incubación de claridades, alcanzado el punto justo de maduración, brota naturalmente como voz, que aparece como sazonada y a la vez fresca. La voz poética es un manantial, como boca de fuente y como caudal. Sus palabras son los poemas, brotes surgidos de una continuidad, siempre viniendo de muy lejos y siempre apareciendo como recién creados.

Alberto Ciria